

caballo, y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazon de Don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque, la gente que se les llegaba, traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse Don Quijote á Sancho, y díjole: "Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podría ser, fuese otra cosa de la que tememos." Llegaron, en esto, los de á caballo; y, arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á Don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demás de á pié, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á Don Quijote, el cual, dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querian; pero, apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo; porque, apenas daba muestras de hablar, cuando, uno de los de á pié, con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche; apresuraron el paso; creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que, de cuando en cuando, les decian: "¡Caminad, trogloditas! ¡callad, bárbaros! ¡pagad, antropófagos! no os quejeis, ¡scitas! ni abrais los ojos, ¡Polifemos matadores, leones carniceros!" y otros nombres semejantes á estos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: "¿Nosotros tortolitas? ¿nosotros barberos ni estropajos? ¿nosotros perritas, á quien dicen *cita cita*? No me contentan nada estos nombres; á mal viento va esta parva; todo el mal nos viene junto, como al perro los palos; y ¡ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada!" Iba Don Quijote embelesado, sin poder afinar, con cuantos discursos hacia, qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto, un hora casi de la noche, á un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del duque, donde habia poco que habian estado. "¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia; y ¿qué será esto? Sí; que en esta casa, todo es cortesía y buen comedimiento; pero, para los vencidos, el bien se vuelve en mal, y el mal en peor." Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera, que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á Don Quijote.

APEARONSE los de á caballo, y, junto con los de á pié, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á Don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardian casi cien hachas, puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias; de modo que, á pesar de la noche, que se mostraba algo oscura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo, como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas, ardian velas de cera blanca, sobre mas de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer, con su hermosura, hermosa á la misma muerte: tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. Á un lado del patio estaba puesto un teatro, y, en dos sillas, sentados dos personajes, que, por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos, daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales, los que trujeron los presos, sentaron á Don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales, á los dos, que asimismo callasen; pero, sin que se lo señalaran, callaran ellos; porque, la admiracion de lo que estaban mirando, les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro, con mucho acompañamiento, dos principales personajes,